

callar, para que despues sepamos hablar. Tengamos silencio por algun tiempo; andemos mirando á los que se señalan en esta ciencia para imitarlos; hagámonos primero discipulos, para que despues de mucho silencio podamos salir maestros (1).»

Y aunque estos Santos van hablando con los que comienzan, pero á todos nos toca lo que se ha dicho. Porque, ó sois antiguo, ó novicio, ú os quereis haber en la guarda de la lengua como novicio, ó como antiguo; escoged lo que quisiéredes; si sois novicio, ú os quereis haber como novicio, el primer documento ha de ser callar, hasta que sepais bien hablar, como queda dicho. Si sois antiguo, ú os quereis haber como antiguo, habeis de ser el ejemplo y dechado en que se ha de mirar el novicio, y de quien ha de aprender el que comienza: mas estimo que os hayais como antiguo que como novicio, porque á mas obliga el ser antiguo; para eso fuistes novicio y callastes tanto, para aprender á hablar; ya será razon que sepais hablar al cabo de tanto tiempo; y si nunca habeis sido novicio, ni habeis aprendido á hablar, es menester que os hagais en esto novicio, para que asi aprendais á hablar lo que conviene, y cuando conviene, y como conviene.

CAPITULO V.

Que el silencio es un medio muy importante para ser hombre de oracion.

No solo aprovecha el silencio para aprender á hablar con los hombres, sino aprovecha tambien y es muy necesario para aprender á hablar y á tratar con Dios y ser hombres de oracion. Asi lo dice San Gerónimo,

(1) Discamus itaque, et nos prius non loqui, ut postea ad loquendum ora reseremus.—Sileamus certo tempore, ad praeceptorum eloquia pendeamus, nihil nobis videatur rectum esse, nisi quod discimus, ut post multam silentium, de discipulis efficiamur magistris. *Hieron. ib.*

y por eso dice él que tenian aquellos Padres tanta cuenta con el silencio: «Por esto aquellos Santos Padres del Yermo, enseñados del Espiritu Santo, guardaban con suma diligencia el santo silencio, como causa de la santa contemplacion (1).» Y San Diadoco, tratando del silencio, dice: «Grande y excelente cosa es el silencio, porque es madre de santos y levantados pensamientos (2).» Pues si quereis ser espiritual y hombre de oracion, si quereis tratar y conversar con Dios, guardad silencio. Si quereis tener siempre buenos pensamientos y oir las inspiraciones de Dios, tened silencio y recogimiento; porque asi como unos son sordos por impedimento que tienen en el órgano del oido, otros por haber gran ruido no oyen; asi tambien el ruido y estruendo de las palabras y cosas y negocios del mundo impide y nos hace sordos para oir las inspiraciones de Dios y caer en la cuenta de lo que nos conviene. Quiere Dios soledad para tratar con el alma. Dice el Profeta Oseas: «Llevarla hé á la soledad, y allí la hablaré al corazon, allí serán los consuelos y regalos; allí la daré leche á mis pechos (3);» para significar con esto los favores y mercedes que hace al alma cuando se recoge de esta manera. Dice San Bernardo: «Espiritu es Dios, y no cuerpo, y asi soledad espiritual pide, y no corporal (4).» Y San Gregorio dice: «Poco aprovechará la soledad del cuerpo, si no hay esta soledad y recogimiento del corazon (5);» lo que

(1) Ex hoc enim in eremo sancti Patres edocti, summa cum diligentia observant sancta silentia, tanquam sanctae contemplationis causam. *Hier. in Reg. Monach. cap. 22.*

(2) Praeclara ergo res est silentium, nihilque aliud, quam mater sapientissimorum cogitatum. D. Diadoc. lib. de Perfect. spirit. cap. 70, in *Biblioth. Sanctorum Patrum*, t. 3.

(3) Ducam eam in solitudinem et loquar ad cor ejus. Ecce ego lactabo eam. *Oseae II, 14.*

(4) Bernard. *serm. 40 in Cant.*

(5) Quid prodest solitudo corporis, si solitudo defuerit cordis? *Greg. lib. 30 Mor. cap. 12.*

quiere el Señor es que allá dentro de vuestro corazon hagais una morada y una celda para tratar con Dios, y para que su Divina Magestad se huelgue de tratar y conversar con vos. De esa manera podreis decir con el Profeta, que habeis huido y acogidoos á la soledad (1). No es menester para eso que os hagais hermitaño, ni que huyais el trato y conversacion de los prójimos; mas, si quereis andar siempre devoto, y muy dispuesto y preparado para entrar fácilmente en oracion, tened silencio. Dice muy bien San Diadoco (2) que asi como cuando la puerta del baño se abre muchas veces, se sale presto por allí el calor, asi cuando uno habla mucho, todo el calor de la devocion se va por la boca; luego se derrama el corazon, y el alma es desamparada de buenos pensamientos. Es cosa de ver cuán presto desaparece todo el jugo de la devocion en abriendo la boca á hablar demasiado: vásenos el corazon por la boca. Mas: si quereis tener mucho tiempo desocupado y ahorrar y grangear muchos y largos ratos para tener oracion, tened silencio y vereis qué de tiempo os sobra para tratar con Dios y con vos. ¡Oh! ¡qué bien dijo aquel Santo (3)! «Si te apartases de pláticas superfluas, y de andar en valde, y de oir nuevas y murmuraciones, hallarias tiempo aparejado para pensar buenas cosas.» Pero si sois amigo de parlar y de derramaros por los sentidos, no os espanteis que andeis siempre alcanzado de tiempo y que os falte aun para los ejercicios ordinarios: como leemos de los hijos de Israel (4) que porque andaban derramados por Egipto buscando pajas, no podian cumplir la tarea ordinaria, y asi eran castigados por ello.

(1) Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine. *Ps. LIV, 8.*

(2) *Ubi supra.*

(3) Thomas de Kempis.

(4) Exod. V, 12.

Háse de advertir aqui otro punto principal y muy espiritual, que asi como el silencio es causa de la santa contemplacion, asi tambien la oracion y contemplacion y el trato con Dios es causa del silencio. Decia Moisés á Dios: «Señor, despues que comenzastes á hablar y tratar conmigo, me he hecho tartamudo y no acierto á hablar (1).» Y el Profeta Jeremías en comenzando á hablar con Dios, dice que se ha vuelto niño, y no sabe hablar (2). Nota aqui San Gregorio (3) que los hombres espirituales que tienen trato y conversacion con Dios, luego se hacen mudos para las cosas del mundo, y les da en rostro el hablar y oir tratar de ellas, porque no querrian oir ni tratar de otra cosa sino de lo que aman y tienen en su corazon, y de todo lo demás les dá fastidio y pesadumbre. Y acá lo experimentamos; si no, miradlo: cuando el Señor os hace merced en la oracion y salís de ella con devocion, cómo no os dá gana de hablar con nadie, ni de levantar los ojos á una parte ni á otra, ni de oir nuevas, sino que parece que os han echado un candado á la boca y á todos vuestros sentidos: ¿qué es la causa de eso? La causa es porque estais allá dentro ocupado y entretenido con Dios, por eso no os viene gana de andar buscando entretenimientos y consuelos exteriores. Y por el contrario, cuando uno anda parlando y distraido y derramado acá fuera, es que no hay espíritu, ni devocion, ni entretenimiento allá dentro. Asi lo dice aquel Santo (4): «¿qué es la causa que tan de gana hablamos y platicamos unos con otros viendo cuán pocas veces volvemos al silencio sin daño de la conciencia? La causa, dice, es que por

(1) Ex quo locutus es ad servum tuum, impeditioris, et tardioris linguae sum. *Exod. IV, 10.*

(2) *Jeremiae I, 6.*

(3) Valde namque insolens, atque intolerabilis aestimant, quidquid illud non sonat, quod intus amant. *Greg. lib. 7 Mor. cap. 6.*

(4) Thomas de Kempis.

el hablar buscamos ser consolados unos de otros, y deseamos aliviar el corazon fatigado de pensamientos diversos y tomamos placer en pensar y hablar de las cosas que amamos ó nos son contrarias. No podemos vivir sin algun entretenimiento y contento; y como no le tenemos allá dentro en el corazon con Dios buscámosle en esas cosas exteriores. Esta es la razón por que acá en la Religión hacemos tanto caso de estas y otras semejantes faltas exteriores y las reprendemos tanto, aunque de suyo parecen pequeñas; porque esas faltas exteriores, el andar quebrantando el silencio y perdiendo tiempo, y otras cosas semejantes, son señal del poco aprovechamiento y de la poca virtud interior que hay allá dentro: muestra uno en eso que no ha entrado en espíritu, ni ha comenzado á gustar de Dios, pues no se sabe entretener consigo y con Dios á solas en su celda. Cuando el arca no tiene cerradura, por el mismo caso entendemos que no hay allá dentro tesoro, ni cosa preciosa. Cuando la avellana anda muy ligera y salta, es señal que está vana, no hay sustancia dentro. Eso es lo principal que miramos en esas cosas, y por eso hacemos tanto caso de ellas.

CAPITULO VI.

Que el silencio es medio muy principal para aprovechar, y alcanzar la perfeccion.

Decia un Padre muy espiritual y muy docto (1) una cosa particular y muy notable del silencio, que declara bien su importancia, que aunque á alguno por ventura le parecerá encañecimiento y exajeracion, no lo es, sino verdad llana y muy experimentada. Decia, que para reformar una casa y toda una Religión, no es menester

(1) El P. M. Nadal.

mas de reformarla en el silencio. Haya silencio en casa, y yo os la doy por reformada. No parece que se puede decir mayor alabanza del silencio, porque aqui se encierran todas. La razón de esto es, porque cuando hay silencio en casa, cada uno atiende á su negocio, á que vino á la Religión; que es, á tratar de su aprovechamiento espiritual. Pero cuando no hay silencio, entonces son las quejas, los corrillos, las murmuraciones, las amistades particulares que se fomentan con esas conversaciones y familiaridades; entonces es el perder tiempo y hacerlo perder á los otros; y otros muchos inconvenientes que de esto se siguen. Y así vemos, que cuando no hay silencio en casa, no parece casa de Religión, sino de seglares. Y al contrario, cuando hay silencio, luego parece casa de Religión y un paraíso; luego en entrando por la puerta, huele todo á santidad; aquella soledad y silencio levanta el espíritu, y mueve á devoción á los que entran, y suelen esclamar: "Verdaderamente el Señor mora aqui: esta es casa de Dios (1)." De la misma manera digo de cualquier particular; reformese uno en el silencio, y yo le doy por reformado. Por experiencia lo vemos, que cuando hablamos mucho, entonces hallamos en el exámen haber caído en muchas culpas; entonces hay pobreza y miseria y que llorar (2). Y cuando habemos guardado bien el silencio, apenas hallamos de qué hacer exámen. Dice el Sábio: "El que guarda su boca, guarda su ánima (3)." Aun allá Carilo, varon principal y gran letrado entre los lacedemonios, siendo preguntado por qué causa Licurgo habia dado tan pocas leyes á los lacedemonios, respondió: "Porque los que

(1) Vere Dominus est in loco isto. Non est hic aliud nisi domus Dei, et porta coeli. Genes. XXVIII, 26.
 (2) Ubi verba sunt plurima, ibi frequenter egestas. Prov. XIV, 23.
 (3) Qui custodit os suum, custodit animam suam. Prov. XIII, 3.

hablan poco, como son los lacedemonios, tienen poca necesidad de leyes. De manera, que el silencio basta para reformar á cualquier particular y para reformar toda la casa y toda la Religión. Y esta es la causa por que aquellos Santos antiguos estimaban y ejercitaban tanto el silencio, y por la cual vinieron todas las Religiones á poner entre sus observancias, por una de las principales, esta del silencio. Y por eso dice Dionisio Cartusiano que dijo el Apóstol Santiago: "El que no peca con la lengua, ese es varon perfecto; y si alguno piensa que es religioso, y no refrena su lengua, engañase, que es vana su religion (1)."

Pues considere aqui cada uno atentamente cuán poco le pedimos para ser perfecto, y cuán fácil medio le damos para ello. Si quereis aprovechar mucho en virtud y alcanzar la perfeccion, guardad silencio; que con eso, dice el Apóstol Santiago que la alcanzareis. Si quereis ser espiritual y hombre de oracion, guardad silencio, que de esa manera, dicen los Santos, que lo alcanzareis. Y por el contrario, si no teneis cuidado de guardar silencio, nunca alcanzareis la perfeccion, nunca sereis hombre de oracion, nunca sereis muy espiritual. Si no, decidme si habeis visto algun hombre parlero y hablador que sea muy contemplativo y espiritual, ni aun aprovechado le vereis. Dice el Santo Job: "Por ventura, ¿el hombre que es hablador, será justificado (2)?" Y dice allí sobre esto San Gregorio: "Cosa cierta es que el que habla mucho no será justificado: no aprovechará mucho (3)." Y trae para esto muchas autoridades de la Sagrada Escritura, y entre ellas, aquello del Profeta: "El hombre parlero y hablador no será enderezado en la tier-

(1) Jacob. I, 26. — Jacob. III, 2.
 (2) Nunquid vir verbosus justificabitur? Job. XI, 2.
 (3) Greg. lib. 10. Mor. cap. 2.

ra (4)," no medrará, no crecerá, comprenderle há aquella maldicion del Patriarca Jacob: "Habeis os derramado como agua," habeis derramado el corazon por esas puertas de la boca y de los sentidos, desmandándoos á tomar vanos entretenimientos, "no erecereis, no medrareis (2)."

Comparan muy bien los Santos al que no trae guardada y cerrada su boca, al vaso sin cubierta, el cual mandaba Dios que fuese tenido por inmundo (5), porque está espuesto para recibir dentro de sí cualquier inmundicia, y luego se llena de polvo y de suciedad; así cuando uno no tiene cerrada la boca, presto se llena el alma de imperfecciones y pecados. Así lo dice el Espíritu Santo por el Sábio, y lo repite muchas veces: "El que habla mucho, dañará su alma (4)." Y en otra parte: "El que habla mucho, en algo yerra (5)." Y en otra: "No faltará pecado en el mucho hablar (6)." ¡Pluguiera á Dios que no esperimentáramos esto tanto como lo esperimentamos! Dice muy bien San Gregorio (7): Comenzareis por palabras buenas, y de ahí vendreis á una palabra ociosa, y de ahí saltareis luego á otra jocosa; luego á otra enojosa; y poco á poco se va calentando la lengua, y creciendo el deseo de encarecer las cosas y hacer que parezcan algo; y cuando no pensáredes, habreis resbalado en otras mentirosas, y por ventura maliciosas, y aun perniciosas; comenzareis por poco, y acabareis por mucho; que así suele acon-

(1) Vir linguosus non dirigetur in terram. Ps. CXXXIX, 12.
 (2) Effusus es sicut aqua, non crescas. Gen. XLIX, 4.
 (3) Vas quod non habuerit operculum, nec ligaturam desuper, immundum erit. Numer. XIX, 15.
 (4) Qui multis utitur verbis, laedet animam suam. Ecel. XX, 8.
 (5) In multis sermonibus invenietur stultitia. Ecel. V, 2.
 (6) In multiloquio non doerit peccatum. Prov. X, 19.
 (7) Greg. lib. 7 Moral. 4. 17; et 3. p. Pastor. admon. 3.

tecer, començar burlando y acabar murmurando.

Mas: dice Alberto Magno: «Donde no hay silencio, fácilmente es uno vencido del enemigo (1).» Y trae para esto aquello de los Proverbios: «El que no se puede contener en el hablar, es como una ciudad abierta y sin muros (2);» sobre las cuales palabras dice San Gerónimo (3) que asi como la ciudad abierta y sin muros está muy espuesta para ser entrada y saqueada de los enemigos, asi el que no está guardado con este muro del silencio, está muy espuesto y muy á peligro para ser vencido de las tentaciones del demonio. Y podemos dar otra razon mas particular de esto: asi como acá á un hombre, que está descuidado y entretenido en otras cosas diferentes, fácilmente le pueden engañar, pero al que está siempre sobre aviso, con dificultad; asi al que no guarda silencio, fácilmente le puede engañar el demonio, porque anda divertido, entretenido, embebecido en cosas impertinentes; pero el que anda con silencio y recogimiento, anda siempre apercebido y sobre aviso, y asi no le engañará fácilmente el demonio, ni le echará treta falsa.

CAPITULO VII.

Que andar uno con modestia, silencio y recogimiento, no es vida triste, sino muy alegre.

De lo dicho se sigue una cosa digna de advertir en esta materia: que en esta manera de vida recogida, andar uno con sus ojos bajos, no querer hablar ni oír sino lo necesario, haciéndose sordo, ciego y mudo

(1) Ubi non est triturnitas, ibi homo de facili ab adversario superatur. *Albert. Mag. lib. de virt. c. 31.*
(2) Sicut urbs patens et absque murorum ambitu, ita vir qui non potest in loquendo cohibere spiritum suum. *Prov. XXV, 28.*
(3) Hier. *ibid.* — Greg. 3. p. *Pastor. c. 18; et lib. 7. Moral. c. 25.*

por Dios, no es vida triste ni melancólica, sino antes muy alegre y gustosa. Y tanto mas que esotra, cuanto es mas dulce la conversacion y compañía de Dios que la de los hombres, á la cual nos convida y lleva ese recogimiento. Dice San Gerónimo: «Sientan otros lo que quisieren, porque cada uno dice de la feria como le va en ella: lo que de mí sé decir es que la ciudad me es cárcel y la soledad paraíso (1).» Y San Bernardo decia: «Nunca estoy menos solo que cuando estoy solo (2).» Entonces estoy mas acompañado, y mas alegre y regocijado, porque lo que le satisface y dá verdadero contento al corazón es el tratar y conversar con Dios. Para los que no tienen este trato interior, ni saben de espíritu, ni de oracion, ni hallan gusto en las cosas espirituales, será esa vida triste y melancólica, pero no para el buen religioso.

De aqui se entenderá otro engaño (3), que como piensa el ladrón que todos son de su condicion, algunos, en viendo al otro devoto y recogido, y sus ojos bajos, y que no anda hablando como ellos con todos los que encuentra, luego les parece que anda tentado, ó que anda triste y melancólico, y aun algunas veces se lo dicen. Y hay algunos que no se atreven á andar con la modestia y silencio que querrian y debrian por temor de esto. Lo cual se debe advertir mucho para que nadie haga daño por su indiscrecion y poco espíritu; porque vos no sabeis tener alegría y contento en el silencio y recogimiento, pensais que el otro tampoco lo ha de tener; ó por ventura os dá en rostro la modestia del otro, porque es una continua reprehension de vuestra inmo-

(1) Viderint alii quid sentiant, unusquisque enim suo sensu ducitur, mihi oppidum carcer, et solitudo paradisi est. *Hieron. epist. 4 ad Rusticum monach. de vivendi forma.*
(2) Nunquam minus solus, quam cum solus. *Bernard. epist. seu tract. ad fratres de Monte Dei.*
(3) *Trat. 1, c. 15.*

destia y poco recogimiento, y por eso no lo podeis sufrir. Dejad al otro ir adelante en su ejercicio, que mayor alegría y contento trae él que vos, porque aquella es una alegría espiritual y verdadera, que es la que dice San Pablo (1). Aunque os parece á vos que anda triste, no anda sino con mucho contento y gozo interior. Aun allá Séneca avisa de esto á su amigo Lucilo (2): no está, dice, la alegría verdadera en lo exterior, sino allá dentro del corazón. Asi como el oro y metal fino, no es lo que se halla en la superficie de la tierra, sino lo que está en las venas y entrañas de ella, asi la verdadera alegría y contento no es el que uno muestra de fuera hablando, riyendo y conversando con unos y con otros, porque eso no harta ni satisface al alma, sino el que está, como oro fino, en las venas y entrañas del corazón. En tener uno buena conciencia y aun ánimo generoso despreciador de todas las cosas del mundo y levantado sobre todas ellas, en eso está el verdadero gozo y contento.

CAPITULO VIII.

De las circunstancias que habemos de guardar en el hablar.

«Poned, Señor, guarda á mi boca y puerta de circunstancia á mis labios,» decia David (3). Los bienaventurados Santos y doctores de la Iglesia Ambrosio y Gregorio (4), tratando de los muchos males y daños que se siguen de la lengua, de que está llena la Sagrada Escritura, especialmente los Sapienciales, y enco-

(1) Quasi tristes, semper autem gaudentes. *II. ad Cor. VI, 10.*
(2) Sen. *lib. 3. Epist. epist. 23, ad Lucillum, de solido et inani gaudio.*
(3) Pone, Domine, custodiam ori meo, et ostium circumstantiae labiis meis. *Ps. CXXXIX, 3.*
(4) *Aubr. lib. 1, offic. cap. 3. — Greg. lib. 7 Moral. cap. 7, et III, part. Past. admonit. 15.*

mendándonos mucho la guarda del silencio para que nos libremos de tantos daños y peligros, dicen: «¿Pues qué queréis que hagamos? habemos de ser mudos? No queremos decir eso,» dicen estos Santos, porque la virtud del silencio no está en no hablar (1). Asi como la virtud de la templanza no está en no comer, sino en comer cuando es menester y lo que es menester, y en lo demas abstenerse; asi la virtud del silencio no está en no hablar, sino en saber callar á su tiempo y en saber hablar á su tiempo. Y traen para esto aquello del Eclesiastés: «Hay tiempo de callar y tiempo de hablar (2).» Y asi es menester mucha discrecion para acertar á hacer cada cosa de estas á su tiempo; porque asi como es falta hablar cuando no conviene, asi tambien lo es dejar uno de hablar cuando deberia hablar. Estas dos cosas dicen estos Santos que nos dió á entender el Profeta en las palabras propuestas: «Poned, Señor, guarda á mi boca.» ¿Qué guarda pedís, santo Profeta? «Una puerta con que se cierren mis lábios (3).» Nota muy bien San Gregorio que no pide David á Dios que le ponga una pared en su boca y la cierre á piedra y lodo para que nunca se abra, sino puerta que se abre y se cierra á sus tiempos, para darnos á entender que habemos de callar y cerrar la boca á su tiempo y abrirla á su tiempo, y que en eso está la discrecion y la virtud del silencio. Esto mismo es lo que pide el Sábio diciendo: «¿Quién dará guarda á mi boca y pondrá un sello en mis lábios, para que no venga á caer por ellos y mi propia lengua me condene (4)?» Son menester tantas circunstancias y condiciones

(1) Quid igitur, mutos nos esse oportet? Minime.
(2) Tempus tacendi et tempus loquendi. *Eccl. III, 7.*
(3) Ostium circumstantiae labiis meis.
(4) Quis dabit ori meo custodiam, et super labia mea signaculum certum, ut non cadam ab ipsis, et lingua mea perdat me? *Eccl. XXII, 33; XXVIII, 28.*

para hablar sin errar, que con razon dice el Sábio perderse por la lengua; y pide esta discrecion para saber cerrar y abrir la boca cuando conviene; porque una sola circunstancia que falte basta para errar, y para que el hablar sea acertado y bueno, es menester que concurren todas las circunstancias sin faltar ninguna. Esta diferencia hay del bien al mal, y de la virtud al vicio, que para las virtudes es menester que concurren todas las circunstancias sin faltar ninguna, y para el vicio basta una sola que falte (1).

Las circunstancias que son necesarias para hablar bien, pónenlas comunmente los santos Basilio, Ambrosio, Bernardo y otros (2). La primera y principal es mirar primero muy bien lo que se ha de hablar; la misma naturaleza nos da bien á entender el recato grande que habemos de tener en esto; pues así guardó y escondió la lengua, no solamente con una puerta y cerradura, sino con dos; primero con los dientes, y despues con los lábios; muro y antemuro puso á la lengua, no habiendo puesto á los oidos guarda ni cerradura alguna. Para que por ahí entendamos la dificultad y recato que habemos de tener en el hablar, y la prontitud y facilidad en el oír, conforme á aquello del Apóstol Santiago: "Sea todo hombre pronto para oír, pero tardo para hablar (3)." Esto mismo se nos enseña en la composicion y armonía de la lengua, porque hay en ella dos venas, una que va al corazon y otra al cerebro, donde ponen los filósofos el asiento del entendimiento: para darnos á entender que lo que se ha de hablar ha de salir del corazon y regulado por la ra-

(1) Quia bonum consurgit ex integra causa, malum autem ex quocumque defectu.
(2) Basil. in Regul. brev. 208, et in Const. Monast. cap. 12.—Ambros. lib. 4, offic. cap. 10.—Bernard. de ordin. vitae, et morum instit. cap. 6.
(3) Sit autem omnis homo velox ad audiendum, tardus autem ad loquendum. Jacob. I, 19.

zon. Y así este es el primer aviso que da San Agustín para hablar bien: «La palabra, primero ha de ir á la lima que á la lengua (1); primero se ha de registrar allá dentro en el corazon y limarse con la regla de la razon, que salga por la boca. Esta es la diferencia que pone el Eclesiástico entre el hombre sabio y el necio: "Los necios tienen su corazon en la lengua," porque le tienen rendido á ella y al apetito desordenado de hablar, y así dicen todo lo que se les viene á la boca; porque el corazon consiente luego, como si lengua y corazon fuesen una misma cosa; pero "los sábios y prudentes tienen la lengua en el corazon (2);" porque todo lo que han de hablar, sale de él y con consejo de la razon: tienen la lengua rendida y sujeta al corazon, y no el corazon á la lengua como los necios.

San Cipriano dice que así como el hombre sóbrio y templado ninguna cosa echa en su estómago sin que primero lo masque, así el hombre prudente y discreto ninguna palabra echa de la boca sin que primero la rumie muy bien en su corazon; porque de las palabras no bien pesadas ni pensadas, se suelen levantar las contiendas. Otro Santo (San Vicente) dice que tanta dificultad habíamos de tener en abrir la boca para hablar, como en abrir la bolsa para pagar. ¡Qué despacio y con qué acuerdo abre el otro la bolsa, mirando primero muy bien si lo debe y cuánto debe! Pues de esa manera y con esa dificultad habeis de abrir la boca para hablar, mirando primero si debeis hablar y lo que debeis hablar; y no habeis mas palabras de las que debeis, como el otro no paga mas de lo que debe. Concuérda con esto San Buenaventura, di-

(1) Omne verbum prius veniat ad limam, quam ad linguam. Augustin.
(2) In ore fatuorum cor illorum: et in corde sapientum os illorum. Eccles. XXI, 29.

ciendo (1) que ha de ser uno tan cauto y tan escaso en las palabras como el avariento en sus dineros.

San Bernardo aun no se contenta con esto, sino dice: «Antes que pronuncies las palabras, pasen dos veces por la lima primero que una vez por la lengua (2).» Dos veces quiere que pasen primero las palabras por la lima de la razon antes que lleguen una vez á la lengua. Y lo mismo dice San Buenaventura (3). San Efrén dice (4), y lo trae del santo abad Amonio: «antes que habeis de hablar y la razon y causa que hay para hablar, y entonces hablad como quien ejecuta la voluntad de Dios que quiere que habeis.» Esta es la principal circunstancia para hablar bien; y si esta guardamos, fácilmente podremos guardar las demas.

La segunda circunstancia que habemos de mirar en el hablar es el fin é intencion que nos mueve á hablar. Porque no basta que las palabras sean buenas, es menester que el fin tambien sea bueno; porque algunos, dice San Buenaventura, hablan cosas buenas por parecer espirituales; otros por venderse por agudos y bien hablados: de lo cual, lo uno es hipocresía y fingimiento; y lo otro, vanidad y locura.

Lo tercero, dice San Basilio, que es menester mirar quién es el que habla, y á quién y delante de quién habla. Y dá aquí muy buenos documentos de cómo se han de haber los mozos delante de los viejos y delante de los sacerdotes los que no lo son, apoyándolo todo con autoridades de la Sagrada Escritura. «Es muy buena crianza y

(1) Bonav. tom. 2, opusc. lib. 2 de profectu Religios. c. 10.
(2) Ante quam verba proferat, bis ad limam veniant, quam semel ad linguam. Bernard. in spec. Monachor.
(3) Bonavent. in spec. disciplinae, c. 5.
(4) Ephren, tom. 2, pag. 281, cap. 18.

reverencia callar delante de los ancianos y delante de los sacerdotes (1)." San Bernardo dice que los mozos callando honran á los mayores: aquello es una manera de reverencia y reconocimiento y de darles la ventaja. Y añade una buena razon: «El silencio es un acto muy principal de la vergüenza (2),» la cual parece muy bien en los mozos. San Buenaventura, declarando esto mas, dice (3) que así como el temor de Dios compone y ordena á uno allá en lo interior, y le hace estar bien con Dios, así la vergüenza le compone y ordena en lo exterior, y le hace tener modestia, comedimiento y silencio delante de los mayores.

La cuarta circunstancia, dice San Ambrosio, es mirar el tiempo en que se ha de hablar, porque una de las principales partes de la prudencia es decir las cosas á su tiempo. «El hombre sábio y prudente callará hasta su tiempo; pero el imprudente é indiscreto no aguarda tiempo ni coyuntura (4)." Y del que guarda esta circunstancia de hablar á su tiempo, dice el Espíritu Santo: "Manzanas de oro sobre columnas de plata es hablar lo que conviene á su tiempo (5)." Parece eso muy bien, y da mucho contento. Y por el contrario, aunque lo que se habla sea bueno, si no se dice á su tiempo, desagrada. «De la boca del necio, dice el Eclesiástico (6), no es bien recibida la palabra sentenciosa, porque no la dice á su tiempo." A esta circunstancia pertenece no interrumpir á nadie, que es mala crianza y poca humildad;

(1) Noli verbosus esse in multitudine presbyterorum. Eccles. VII, 15.
(2) Silentium est maximus actus verecundiae. Bernard. de ord. vitae et morum institut.
(3) D. Bonav. de inform. novitiorum, p. 1, c. 18.
(4) Homo sapiens tacebit usque ad tempus; lascivus autem, et imprudens non servabunt tempus. Eccl. XX, 7.
(5) Mala aurea in lectis argenteis qui loquitur verbum in tempore suo. Prov. XXV, 11.
(6) Ex ore fatui reprobabitur parabola, non enim dicit illam in tempore suo. Eccl. XX, 22.

no es buen tiempo de hablar cuando el otro está hablando. Dice el Sábio: «Esperad que acabe el otro su razon, y entonces entrareis vos con la vuestra.» A esto tambien se reduce lo que allí añade: «No respondais antes que acabeis de oír lo que vos dicen (1).» Y en otra parte dice: «El que responde antes que acabe de oír lo que le dicen, muestras da de poco asiento, y muchas veces queda confundido (2).» porque no respondió á propósito; pensó que le iban á decir aquello, y no le iban á decir sino otra cosa; despuntó de agudo. Da tambien San Basilio (3) otro aviso cerca del responder: que si preguntan á otro, calleis vos. Y cuando estan muchos y les dicen que digan su parecer en tal cosa, si no os preguntan á vos en particular, es poca humildad que querais hacerlos el principal y tomar la mano por todos. Hasta que os digan en particular que digais, callad.

La quinta circunstancia que ponen los Santos para hablar bien, es el modo y tono de la voz: *loquendi modus*; que es lo que nos dice á nosotros nuestra regla: «todos hablen con voz baja, como á religiosos conviene (4).» Esta es una (muy principal) circunstancia del silencio; ó por mejor decir, una muy grande parte de él. San Agustín, sobre aquellas palabras que dijo Marta á su hermana, cuando Cristo nuestro Redentor fué á resucitar á Lázaro: «Llamó Marta á Maria en silencio, diciendo: el Maestro está aqui, y te llama (5);» pregunta el Santo (6): «Cómo dice en silencio, pues dijo: el Maestro está aqui, y te llama? Y responde que la

(1) In medio sermonum ne adicias loqui. Prius quam audias, ne respondeas verbum. *Ecl. XII, 8.*
 (2) Qui prius respondet quam audiat, stultum se esse demonstrat, et confusione dignum. *Prov. XVIII, 13.*
 (3) Basil. ubi sup.
 (4) Regul. 28 commun.
 (5) Et vocavit Mariam sororem suam silentio, dicens: Magister adest et vocat te. *Joann. XI, 28.*
 (6) August. *tract. 49, super Joannem.*

voz baja se llama silencio. Pues así acá, cuando hablan unos con otros, en sus oficios, con voz baja, entonces decimos que hay silencio en casa; pero cuando hablan alto, aunque las cosas sean necesarias, no guardan silencio. De manera, que para que haya silencio en todas las oficinas y parezca casa de Religion, y nosotros parezcamos religiosos, es menester hablar bajo. Dice San Buenaventura (1) que es grande falta en un religioso hablar alto. Basta que habléis de manera que los que están cerca os puedan entender. Y si quereis decir algo al que está lejos, id allá, y decidsele, porque no conviene á la modestia religiosa hablar á voces, ni desde lejos. Y advierte San Buenaventura que la noche y el tiempo de reposo y de recogimiento piden aun mas particularmente que el hablar sea mas bajo, para no inquietar á otros en aquel tiempo; y lo mismo piden algunos lugares particulares, como la sacristía, portería y refectorio.

A esta circunstancia del modo de hablar, dice San Buenaventura que pertenece tambien hablar con serenidad del rostro, no haciendo gestos con la boca, encogiéndolo ó estendiendo mucho los labios, ni mostrando señales en los ojos ó arrugas en la frente ó en la nariz, ni meneos en la cabeza, ni hablando mucho de manos, que es lo que nos encomienda nuestro Padre en las reglas de la modestia. Tambien dice San Ambrosio y San Bernardo que pertenece á esta circunstancia que la voz no sea afectada, ni quebrada con una blandura mugeril, sino que sea voz de hombre grave. Empero, aunque no ha de ser el modo de hablar melindroso, ni afeminado, dicen que tampoco ha de ser áspero, bronco, ni pesado (2). Siempre ha de ser el modo de

(1) Bonav. *in speculo disciplinae*, p. 4, c. 5.
 (2) Ut vox ipsa non sit remissa, non fracta, nihil

hablar del religioso de tal manera grave, que vaya mezclado con suavidad. Y aunque siempre es menester guardar buen modo en el hablar, pero particularmente es esto mas necesario, cuando queremos amonestar ó reprender; porque si esto no se hace con buen modo, perderase del todo el fruto de ello. Dice muy bien San Buenaventura (1), el que turbado y con cólera corrige ó avisa á otro, mas parece que lo hace de impaciencia y por lastimarle que de caridad y celo de aprovecharle: «no se enseña la virtud con vicio (2),» ni la paciencia con impaciencia, ni la humildad con soberbia. Mas se edificaria y aprovecharia el otro del ejemplo de vuestra paciencia y mansedumbre que de vuestras razones. Y así dice San Ambrosio: «El aviso y amonestacion ha de ser sin aspereza y sin ofension (3).» Y traen á este propósito aquello del Apóstol San Pablo: «Al anciano no le reprendais, sino rogadle como á padre (4).»

Tambien se reprende aqui con razon el hablar afectadamente, con intencion de parecer muy discreto y bien hablado. Y así son muy reprendidos los predicadores que procuran hablar curiosa y pulidamente y hacen estudio particular de eso, con lo cual pierden el espíritu y el fruto de los sermones; dicen que el hablar ha de ser como el agua, que ningun sabor ha de tener para que sea buena.

Finalmente, son tantas las circunstancias que se requieren para hablar bien, que será gran maravilla no faltar en alguna de

faemineum sonans; sed formam quamdam, et Regulam, ac succum virilem reservans... Sed ut molliculum, aut infractum, aut vocis sonum, aut gestum corporis non probo, ita neque agrestem, ac rusticum. *Amb. lib. 1, offic. c. 19.* — *Bernard. de ordine vitae, et morum instil.*

(1) B. Bonav. *de inform. Novitiorum.*
 (2) Virtus cum vitio non docetur. *Bonav. ib.*
 (3) Monitio sine asperitate, hortatio sine offensione. *Amb. lib. 1, offic. c. 22.*
 (4) Seniores non increpaveris, sed obsecra ut patrem. *I. ad Timoth. V, 1.*

ellas; y por eso es muy buen remedio acogernos al puerto del silencio, donde con solo callar está uno guardado de los muchos inconvenientes y peligros que hay en el hablar, conforme á aquello del Sábio: «El que guarda su boca y su lengua, guarda de muchas angustias su alma (1).» Y así decía uno de aquellos Padres antiguos: «Si fueres callado, en cualquier lugar tendrás quietud y sosiego (2).» Y aun allá dijo Séneca: «No hay cosa que así aproveche como andar uno recogido y hablar muy poco con otros y consigo mucho (3).» Bien célebre es aquella sentencia del santo abad Arsenio, que la solía él repetir muchas veces, y aun cantarla, dice Surio en su historia: «Muchas veces me pesó de haber hablado, y ninguna de haber callado (4).» Lo mismo se dice de Sócrates. Y Séneca dá la razon de esto, porque lo que se calla, puédesse hablar despues; pero lo que se habla, no puede dejar de estar hablado. Así dijo el otro:

Y la palabra que una vez se arroja, Vuela, sin que á los labios volver pueda (5).

Y San Gerónimo: «La palabra que salió de la boca, es como la piedra que salió de la mano, que ya no podeis hacer que no vaya y haga el daño (6).» Y por eso es menester, dice San Gerónimo, mirar primero muy bien lo que habeis de hablar antes que lo echeis de la boca; porque despues no puede dejar de estar hablado, que es el primer aviso que dimos.

(1) Qui custodit os suum, et linguam suam, custodit ab angustiis animam suam. *Prov. XXI, 23.*
 (2) In omni loco, si taciturnus fueris, requiem habebis.
 (3) Nihil aeque prodest quam quiescere, et minimum cum aliis loqui, secum plurimum. *Senec. epist. 107.*
 (4) Me saepe paenituit dixisse, nunquam autem tacuisse.
 (5) Et semel emissum volat irrevocabile verbum. *Horat. epist. 19, lib. 1.*
 (6) Lapis emissus, est sermo prolatus. Quapropter diu, ante quam sermo proferatur, cogitandum est. *Hieron. epist. de virginitate servanda.*